

de pueblo regocijado de verlos, se presentan en las puertas de la Asamblea y piden ofrecer el testimonio de su gratitud y presentarle sus homenajes. Dentro gran discusión. Los Fuldenses, con notoria imprudencia, quieren todavía ponerse frente al movimiento popular. Se reclama en nombre de la disciplina violada, en nombre de la política y de los miramientos debidos á los gobiernos de Suiza, con los cuales hay que mantenerse en buena inteligencia. El joven diputado Gouvion, hermano de un guardia nacional muerto en Nancy, declara que no se le puede obligar á acoger, á sufrir la presencia de los asesinos de su hermano. Y se va. La Asamblea, después de dos votaciones dudosas, decide que sean admitidos. Collot, su defensor oficioso, expresa por ellos su reconocimiento. Las tribunas les aplauden. Una muchedumbre de guardias nacionales sin armas, de parisienses, de bretones, de suizos, después una multitud mezclada de hombres y mujeres con banderas, desfila alegremente. Gonchon, el Ciceron acostumbrado del barrio de San Antonio, dice en su nombre que se fabriquen diez mil picas para defensa de la Asamblea y de las leyes: «Aún diríamos más; pero hemos gritado tanto ¡viva la Constitución! ¡viva la Asamblea nacional! que nos hemos quedado roncós...» Aplausos y risas.

La fiesta que siguió al poco tiempo recibió el hermoso nombre de *fiesta de la libertad*. En el soplo de guerra que la vivificaba se sentía que esta vez se trataba del triunfo anticipado de las libertades del mundo, y que allí la Suiza francesa, festejada en aquellos pobres soldados, era la venturosa vanguardia de la emancipación universal. La estatua de la libertad era conducida en un carro que afectaba la forma de una proa de galera. Las rotas cadenas de las víctimas eran llevadas, rasgo conmovedor, por nuestras mujeres y nuestras hijas. Aquellas vírgenes vestidas de blanco tocaban sin aprensión el hierro oxidado de las galeas que su mano purificaba. En el Gros-Caillou, en el Campo de Marte, comenzaron las danzas amenizadas por cantos cívicos. Aquellas alegres rondas participaban del ardor de las antiguas fiestas en que los esclavos se embriagaban de libertad por la vez primera. Los hermanos abrazaban á los hermanos, y en armonía con el carácter francés la fraternidad era mucho más tierna con las hermanas.

Ningun vigilante, ningun desorden, ninguna arma y ningun exceso; una alegría, una paz, una efusión extraordinaria. Cada cual, con su emancipación, sentía ya la del mundo; todos los corazones se abrían á la esperanza de que aquello fuese el principio de la salvación de las naciones.

Y esto era, precisamente, lo mismo que los reyes por su parte presentían en aquella guerra. Puede juzgarse de ello por la orden que dió el rey de Prusia para que se desarmase á los aldeanos de sus provincias del Rhin. No veía en sus súbditos más que aliados secretos, amigos de Francia, patronos de nuestros soldados, impacientes por dar alojamiento á los apóstoles de la libertad.

El general probable de la coalición, Gustavo III, había muerto asesinado por los suyos (17 de Marzo del 92.) No faltó quien imputase su muerte á los partidarios entusiastas que la Revolución tenía en Suecia. El mismo, en sus últimos momentos, tenía siempre ante sus ojos aquella Francia que iba á combatir; y acaso no la hubiese combatido más que para ser alabado por ella; tanto se preocupaba de la opinión del público francés y de los diarios de París. Próximo á la muerte, decía: «Quisiera saber lo que va á decir de esto Brissot.»

La emigración había ganado con la muerte de Leopoldo, con el advenimiento de Francisco II, enemigo fanático de la Revolución. Nuestro embajador en Viena Noailles estaba casi prisionero en su palacio. El que enviamos á Berlín, Segur, fué objeto de risa; se hizo correr el rumor de que había ido á conquistar por amor ó por dinero las queridas del rey de Prusia. En una audiencia pública, el rey le volvió la espalda, y dirigiéndose al enviado de Coblenza, le preguntó cómo seguía el conde de Artois.

Ninguna figura caracteriza acaso mejor la contrarrevolución que el nuevo emperador Francisco II cuyo reinado comienza. De cortos alcances, débil y violento, mala mezcla de dos naturalezas, alemán nacido en Florencia, falso italiano y falso alemán, era el hombre de los curas, un devoto maquiavélico, cuya alma dura é hipócrita no era por ello menos dispuesta para el crimen político. Era el Francisco que aceptó de manos de su enemigo á Venecia su aliada; era el Francisco que por su hija, comenzó la ruina de su yerno; y luego, una vez en Rusia, le atacó por la espalda y consumó su pérdida. Vedle en sus numerosos retratos de Versalles, ¿Puede asegurarse que aquello es un hombre? Está tieso y rígido, como marchando sobre ruedas, semejante á la estatua del Comendador ó á la sombra de Banquo. A mí lo que me causa miedo es que aquella máscara está fresca y sonrosada en medio de su espantable fijeza. Es evidente que un ser de tal naturaleza no tendrá jamás remordimiento y hace el crimen á conciencia. La despiadada hipocresía se ve escrita en aquella faz petrificada. No es un hombre, no es una máscara, es un muro de piedra de Spielberg. Más fijo y mudo que el calabozo en que, para quebrantar el corazón de los héroes de Italia, les obligaba por hambre á hacer calceta como mujeres. Y esto «en interés de su enmienda, por la salvación de su alma.» Tal era la respuesta que daba invariablemente á la hermana de uno de los cautivos que hacía todos los años en vano el largo viaje de Viena para llorar á sus plantas.

Ese es el enemigo de Francia. En Abril encarga á Hohenlohe, su general, que se entienda con el del ejército de Prusia, el duque de Brunswick. Por orden suya, su ministro, el conde de Cobentzel, asociado con el viejo Kaunitz, escribe una nota corta, seca y dura, en que sin calcular ni la situación ni la medida de lo posible, intima á Francia el *ultimatum* de Austria: 1.º Reconocer á los príncipes alemanes que tienen posesiones en el reino; dicho de otro modo, reconocer la soberanía

nía imperial en el centro de nuestros departamentos; tolerar el imperio en la misma Francia. 2.º Devolver Avignon, el gran paso del Ródano, de suerte que la Provenza quede desmembrada como en otro tiempo. 3.º Restablecer la monarquía bajo el régimen del 23 de Junio del 89 y de la declaración de Luis XVI, lo mismo que las órdenes, la Nobleza y el Clero.

«En verdad, dice Dumouriez, aunque el gabinete de Viena hubiera estado durmiendo treinta y tres meses desde la sesión de Junio del 89 sin haberse enterado todavía de la toma de la Bastilla ni de todo lo que siguió, no hubiera hecho unas proposiciones más extrañas, más incompatibles con la marcha invencible que había emprendido la Revolución.»

Y aquella nota no era solamente la de la inepta é hipócrita Austria; expresaba al mismo tiempo el pensamiento del gobierno que se creía á la vanguardia del progreso de Alemania, del gobierno filósofo y liberal que había alentado la resistencia turca y polaca, al mismo tiempo que destruía las libertades de Holanda. En el fondo, áspero, ávido, inquieto, sin preocuparse de los principios, el gobierno prusiano, exagerando mucho su fuerza, se creía en disposición de pescar en río revuelto, y metía sin reflexión en todas partes sus manos en forma de garras.

Las tropas de la coalición se acercan poco á poco á la Francia. En el centro, los prusianos que se escalonan en la Westphalia, hácia el Rin. En las dos alas, los austriacos; por una parte van aumentando sus tropas de los Países Bajos; por otra, se hacen llamar por el obispo de Basilea, atraviesan el cantón y van á guarnecer el país de Porentruy, ocupando así una de las puertas de Francia, en disposición de invadir, en cuanto quieran, el Franco-Condado.

En 20 de Abril del 92 el rey y el ministro se presentan en la Asamblea nacional. Dumouriez, en un largo y minucioso informe, demuestra la necesidad en que se encuentra Francia de considerarse como *en estado de guerra* con Austria.

El rey declara «que adopta esta determinación, conforme al voto de la Asamblea y de varios ciudadanos de diversos departamentos». Y propone formalmente la guerra.

El mismo día, á las cinco, en la sesión de la noche, se entabló inmediatamente la discusión. La unanimidad sobre aquella gran cuestión estaba acordada de antemano. Un Fuldense, Pastoret, fué el primero que al ver subir aquella ola invencible se asoció á ella hábilmente y propuso que se decretase la declaración de guerra. Otro Fuldense, Becquet, intentó detener el impulso, asustando á la Asamblea con el cuadro que presentaba Europa, pintando á Europa poco segura, España amenazando por la espalda, la sedición en el interior, el ejército indisciplinado, la hacienda en desórden. Esta última frase proporcionó á Cambon la feliz ocasión para decir unas palabras que alejaron todo temor: «Nuestra hacienda no la conocéis; tenemos más dinero del que se necesita». Y ya

el 24 de Febrero había dicho: «La Francia tiene más numerario efectivo en caja que ninguna potencia de Europa.» En realidad, además de los 1.500 millones de bienes nacionales vendidos hasta el 1.º de Octubre del 91, había recibido ya el Tesoro cerca de 500 millones. Desde Noviembre del 91 á Abril del 92, la venta, aunque algo paralizada, había sido de 360 millones, y quedaba todavía por vender una suma equivalente.

Guadet añadió á las palabras de Cambon que ninguna potencia del mundo podía presentar una masa comparable á nuestros cuatro millones de guardias nacionales armados; que ninguna hubiera podido con una palabra movilizar ya cien mil, como habíamos hecho nosotros. Los registros de inscripción de los departamentos arrojaban en Marzo el admirable resultado de seiscientos mil voluntarios que pedían ponerse en marcha.

Aquella era la voz de Francia, no podía negarse. En vano insistió el Fuldense Bacquet, haciendo observar que, de hecho, se iba á declarar la guerra no al Austria, si no al mundo; arrojar el guante á todos los reyes. En vano el Jacobino Bazire, órgano en esta ocasión del puro partido jacobino, se admiró al ver que una decisión tan grave se tomaba con tanta ligereza. Intentó reproducir el texto ordinario de Robespierre, el peligro de la traición. Apenas le aplaudieron dos ó tres diputadas y otros tantos de las tribunas. Nadie le escuchaba. El entusiasmo lo invadía todo. Se desbordó con esta frase del diputado Mailhe: «Si vuestra humanidad sufre al decretar en este momento la muerte de varios millares de hombres, pensad también que al mismo tiempo decretáis la libertad del mundo.»

Aubert Duboyet, figura eminente, noble y militar, se levantó, tomó la palabra y entusiasmó grandemente á la Asamblea: «¡Cómo! El extranjero tiene la audacia de pretender darnos un gobierno! Votemos la guerra. Aunque hubiéramos de perecer todos, el último de nosotros pronunciaría el decreto... No temáis nada. En cuanto hayáis decretado la guerra, todos se verán obligados á decidirse: los partidos desaparecerán. Las hogueras de la discordia se extinguirán al ruido de los cañonazos y ante las bayonetas.»

«Sí, votemos, dijo el valiente Merlin de Thionville; votemos la guerra á los reyes y la paz á las naciones.»

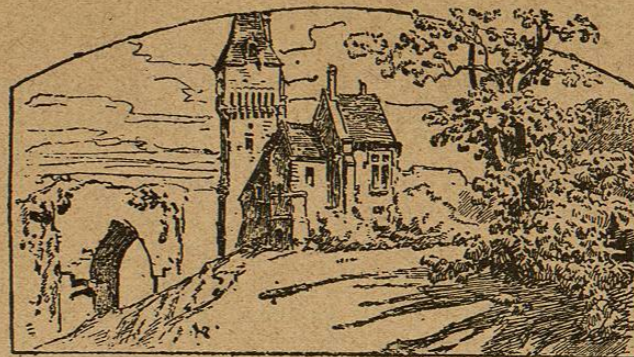
La Asamblea se levantó en masa; solo hubo siete miembros que permanecieron sentados. En medio de una tempestad de aplausos votó la guerra al Austria.

Condorcet leyó una hermosa y humana declaración de principios que Francia hacía al mundo. No quería ninguna conquista, no atacaba la libertad de ningún pueblo. Esta frase se puso en el decreto.

Orador generalmente frío, Condorcet, animado entonces por la grandeza de las circunstancias, tuvo un momento feliz al tratar del reproche de facción que los reyes hacían á Francia: «Y ¿qué es eso de una

facción á la que se acusa de haber conspirado por la libertad universal?... Es la humanidad entera lo que ellos llaman una facción.»

Vergniaud propuso una gran reunión fraternal, á semejanza de las federaciones del 90, en que jurasen todos morir juntos sobre las ruinas del imperio antes que sacrificar la menor de las conquistas de la libertad. De este modo Francia, esperando la muerte ó la victoria, iría por última vez, toda en masa, á darse las manos. «Momentos augustos, —dijo:—¿cuál es el corazón de hielo que no palpita, el alma fría que entre la aclamación de alegría de todo un pueblo no se eleva al cielo y no se siente ensancharse por el entusiasmo, más allá de los límites de lo humano?» Esta hermosa y religiosa proposición no fué votada. No se compaginaba con la impaciencia guerrera de la Asamblea que ardía en deseos de avanzar.



#### CAPITULO IV

##### Destitución del Ministerio Girondino (Mayo-Junio del 92.)

Cómo quería el rey que se hiciese la guerra contra Francia.—Inconsecuencia de Dumouriez, que quiere la Revolución en Bélgica para reprimirla en Francia.—La guerra empieza por una derrota, (28-29 Abril del 92.)—Robespierre triunfa en los Jacobinos, de Brissot y de los partidarios de la guerra, (30 de Abril del 92.)—La Gironda hace licenciar la guardia del rey (29 de Mayo)—La Gironda acusada por Robespierre.—Hace que se decrete un campamento de veinte mil hombres en París y medidas contra los curas refractarios (27 de Mayo)—Violencia de los realistas y de los Fuldenses.—Carta de Roland al rey, (12 de Junio.)—Los ministros girondinos son destituidos (13 de Junio)

El rey, al que los Jacobinos acusaban de que quería la guerra, había hecho todo lo posible para evitarla. Aun en el caso más favorable, siempre habían de ser para él funestos los resultados. Una victoria de Lafayette ó de cualquier otro general no habrían realzado al trono más que para ponerlo bajo la tutela de aquellos. Una derrota exasperaría á París, haría que se acusase al rey y lanzaría las turbas contra las Tullerías. Y si, por un imposible no sucedía así, ¿quién triunfaría? ¿quién vendría? Monsieur y la emigración, el futuro regente de Francia, ¿aquél á quien Rusia había enviado ya embajadores? La reina en particular debía temerlo todo; sabía perfectamente que era odiada, que en Coblenza le habían escrito coplas, que Monsieur era su enemigo y que el conde de Artois se hallaba dominado por el suyo, Calonne. Si los príncipes volvían vencedores, el resultado hubiera podido ser muy bien no liberar á la reina, si no al contrario, procesarla y encerrarla; con frecuencia se había hablado de ello; Monsieur hubiera satisfecho así su antiguo odio personal y el de la nación.

Por ello, aunque Luis XVI tuviese en Viena su agente Breteuil y la reina mantuviese correspondencia con Bruselas por conducto del antiguo embajador de su familia, Mr. Merci d'Argenteau, creyeron que debían enviar un agente especial al gabinete austriaco para entenderse con él respecto á la manera como convenía que se hiciera la guerra á